

La izquierda venezolana

30 años de aprendizaje por asfixia

Pedro José Martínez

- * **Por donde se vea, el panorama de la izquierda es desolador ¿Cómo ha llegado a ser así? ¿Qué cabe esperar para el futuro?**
- * **Al ser excluida del "Pacto de Punto Fijo", escoge el camino de la insurrección, para no verse reducida a un Club Cultural.**
- * **Del 70 hasta hoy, la izquierda venezolana ha preferido la discusión intelectual sobre la ortodoxia, el verdadero socialismo y la unidad, al trabajo con las masas.**
- * **La dirigencia tradicional izquierdista, en 1988, sigue fiel a sus más acendradas tradiciones: retórica unitaria, formación de alianzas y frentes puramente electorales, promoción de candidatos independientes de oropel, verbalismo hueco de corte moralizante, elitismo pseudointelectual de espaldas a la mayoría...**
- * **La crisis puede provocar reacciones sociales que pueden ser ciegas si no cuentan con organizadores lúcidos. No queda demasiado tiempo.**

DERECHA REAL E IZQUIERDA FANTASMAL

Ahora, cuando se cierra la primera treintena del proceso democrático iniciado en 1958, lo que salta a la vista en relación con la izquierda venezolana es su desdibujamiento. La derecha crece y adquiere perfiles cada vez más definidos, mientras la izquierda disminuye y ve a sus rasgos hacerse cada vez más imprecisos, hasta el punto de parecer el fantasma de sí misma.

Durante la última década, en ciertos sectores era considerado de buen tono rechazar las nociones de izquierda y derecha, alegando que el curso de los acontecimientos históricos había borrado los límites entre ambas. Tal orientación tenía especial auge entre derechistas, pero hoy en día, al contrario, muchos de ellos han desarrollado una suerte de nuevo orgullo y aceptan gustosos la separación entre los campos izquierdistas y derechistas, proclamando su pertenencia al segundo como honroso privilegio. Tal vez el relativo éxito de políticos conservadores como Reagan, Thatcher, Kohl o Mulroney tenga que ver con la actitud en cuestión.

De cualquier modo, con respecto a Venezuela no es difícil establecer el deslinde entre izquierda y derecha. Es decir, entre los dos conjuntos que, con mayor o menor acierto, reciben tales denominaciones en el lenguaje que ordinariamente habla la opinión pública de nuestro país. Uno puede representarse al complejo bosque de la derecha venezolana como una serie de círculos concéntricos correspondientes a otras tantas realidades sociales, muy heterogéneas, pero cohesionadas en torno a un núcleo básico, que no es otro que el del puñado de patrimonios que controla la mayor parte de nuestro comercio y nuestra falsa industria de ensamblaje y envasado. Ese núcleo central tiene a Fedecámaras como uno de sus principales vehículos y presenta todavía ciertas características tradicionales que permiten identificarlo, al menos en una alta proporción cuantitativa, con las estirpes familiares etiquetadas coloquialmente bajo la expresión de "amos del valle", aparentemente

acuñada por Francisco Herrera Luque.

A continuación del núcleo central viene el primer círculo concéntrico, que está constituido por la dirigencia de los partidos Acción Democrática y COPEI, cuyo cometido es el de traspasar la mayor parte del ingreso nacional —fundamentalmente proveniente de la explotación petrolera— a los "amos del valle". A cambio reciben ascenso social y participación en el botín, así como figuración, en el papel de conductores político-estatales de la nación, aunque unos y otros sepan que el poder real se halla en el núcleo central y, vistas las cosas con una óptica más aguda, en instancias exteriores al país: Wall Street, el Pentágono y la Casa Blanca.

La segunda capa concéntrica está formada por un vasto grupo de trabajadores culturales al servicio del núcleo central de los "amos del valle" y del parapeto político-estatal. Su misión es colaborar en la estructuración de una conciencia social aceptable para el sistema, estimulando las actitudes y las creencias propias del ciudadano decente. Es decir, del ciudadano manipulable y sumiso, si se habla en términos más crudos. Esta segunda capa va desde las alturas de las vacas sagradas de la erudición sabia, los centros de elevadísima fetichización de las bellas artes, o los suplementos literarios encartados en las ediciones dominicales de ciertos diarios, hasta los disparates de la maestra de escuela formada de cualquier modo y persuadida de que es correcto decir "darse de cuenta" o "yo no me recuerdo de eso".

La tercera y última capa concéntrica es de masa popular, convencida de que con todas sus fallas el presente estado de cosas es el mejor. Una masa resignada y dispuesta a continuar votando en abrumadoras proporciones a favor de los partidos que hacen de instrumentos para que el núcleo central de "amos del valle" pueda lograr sus metas.

La anterior descripción puede parecer carente de orden o de rigor, sobre todo a quienes estén acostumbrados al análisis fundado en otras categorías, como las de trabajador asalariado, campesino, empresario o burócrata estatal. En realidad, el esquema presentado obedece a un cri-

terio no sociológico, ni económico, sino práctico-político y comunicacional. A saber: va de mayor a menor en términos de poder efectivo, y de menor a mayor en ingenuidad manipulable. En esto último, debe notarse que los trabajadores culturales de la derecha, quienes a menudo se sienten grandes árbitros del pensamiento colectivo, son concebidos aquí como meros peones de segunda, con funciones subalternas de mantenimiento de la cohesión del bloque, rígidamente dictadas por otros. Desde luego, esta opinión es, como tantas otras, perfectamente discutible.

Al igual que con la derecha, también con la izquierda es posible hacer una caracterización análoga, a pesar de las dificultades inherentes a la pérdida o desdibujamiento de sus rasgos. En este caso la imagen representativa no es la de los círculos concéntricos organizados en torno a un núcleo, sino la de las esferas aisladas que van empequeñeciéndose, como bolas de naftalina olvidadas en un saquito, que hace un tiempo tenían el tamaño de metras y que ahora parecen cabezas de alfiler.

En ese puñado de piedrecillas, o grajeas, puede distinguirse tres sectores. El primero y más conocido es un grupo de cenáculos más o menos político-partidistas y más o menos artístico-intelectuales, cuya actividad principal es cultivar nostalgias (la clandestinidad en los cincuenta, la guerrilla en los sesenta, el amanecer eurocomunista en los setenta) y declarar a la prensa sobre el tópico de la unidad de la izquierda. El segundo sector es el de unas poquísimas y debilísimas organizaciones sindicales que, quizás con una o dos excepciones, no tienen capacidad ninguna de presión y movilización. Se trata en es-

te caso de verdaderas ruinas de un movimiento que nunca fue nada del otro mundo, pero que en algún momento infundió cierto respeto y que ahora ni siquiera inspira desprecio. El tercer y último sector es el de votantes periféricos. Es decir, el de ciudadanos no pertenecientes ni al grupo de cenáculos ni al de ruinas gremiales, y que por la razón que sea (desencanto con respecto a AD y COPEI, convicciones socialistas, desequilibrio psicológico o todo esto junto), vota por candidatos u organizaciones que se dicen de izquierda. Ni con el optimismo más desbocado, o la capacidad más endemoniada de autoengaño y alteración de cifras, puede calcularse el número de estos votantes periféricos en niveles superiores al cuatro o cinco por ciento de la población.

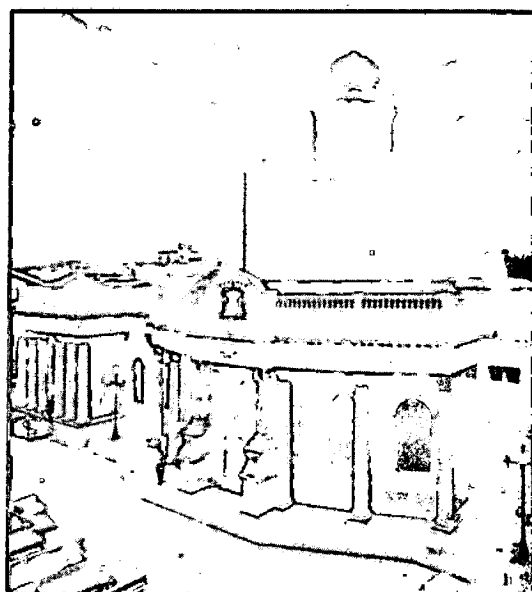
Por donde se lo vea, el panorama de la izquierda es desolador. ¿Cómo ha llegado a ser así? ¿Qué causas explican ese estado de cosas? ¿Qué cabe esperar para el futuro? En estos momentos de crisis, y ante la posibilidad de que todavía vengan tiempos peores, vale la pena examinar, aunque sea muy esquemáticamente, estos asuntos.

ENTRE LA INSURRECCION Y EL CLUB CULTURAL

En los años veinte, durante la dictadura de Gómez, aparecieron en Venezuela —o más bien en el extranjero, entre grupos de venezolanos exilados— los primeros brotes de pensamiento y organización socialista. Bien pronto esos brotes fueron consolidándose en dos direcciones claramente definidas y contrapuestas: una, de línea marxista-leninista radical; la otra, de orientación moderada con tendencias al

reformismo populista. En el sector moderado destaca Acción Democrática, un partido que desde sus formas embrionarias surgidas en los años treinta, hasta el golpe militar de 1948, puede ser visto como integrante de la izquierda, si se es un tanto laxo e indulgente en la interpretación de los términos. Pero es claro que en 1958, luego del decenio de régimen militar, debe considerarse a la izquierda como restringida únicamente a los grupos socialistas radicales, con exclusión de la ya abiertamente derechista Acción Democrática y de los otros partidos que iban paulatinamente asemejándose y mimetizándose, como COPEI.

Hablando en términos de organización política, puede decirse que entre 1931 y 1960 el Partido Comunista y la izquierda venezolana son una y la misma cosa. Se trata de un período abundante en paradojas. Por un lado, los mecanismos de distribución del ingreso petrolero iban convirtiendo a la mayoría de los perceptores de sueldos en burócratas estatales o privados. Sin embargo, por otro lado el Partido Comunista insistía en que su base de acción debía estar en el proletariado y el campesinado, mostrando así una muy ortodoxa fidelidad a tesis elaboradas en otros tiempos y otras latitudes. También mostraba con ello una muy dudosa comprensión del país, que por carecer de desarrollo industrial carecía también de verdadera masa obrera, y que además ya había iniciado el acelerado despoblamiento de las zonas rurales, que no ha cesado hasta hoy. Tales determinantes dieron lugar a la más paradójica de las paradojas: el partido que se proclamaba proletario y campesino tuvo un éxito enorme entre poetas, pintores, filósofos, compositores,



bailarines, ceramistas, actrices, narradores, periodistas, psicólogos, historiadores y cineastas; pero en las organizaciones sindicales y en las ligas campesinas el primer puesto fue siempre para la derechizada Acción Democrática, que además dominaba entre maestros, empleados públicos y profesionales liberales, perfectamente dentro de su línea de populismo pragmático y policlasista.

Al caer la dictadura de Pérez Jiménez, el P.C.V. (es decir, la izquierda venezolana) fue excluido de la vida política real por el resto de los movimientos electorales, en el conocido "Pacto de Punto Fijo", sin respeto alguno por las heroicas luchas de los comunistas durante la década precedente. Tal hecho, unido al esquizofrénico desgarramiento vivido por ese partido de vocación proletaria que sin embargo debía resignarse a ser un partido de ateneístas, lo llevó a un delirio singularísimo, según el cual en 1958 Venezuela estaba a punto para la revolución y la oportunidad había sido desaprovechada. El P.C.V., desesperado entonces entre las que veía como sus dos únicas opciones —quedar reducido a club cultural o lanzarse a la insurrección— escogió la que parecía más revolucionaria, aunque también era la más descabellada, políticamente hablando.

Entre 1960 y 1970, aproximadamente, el delirio antes aludido tomó proporciones de auténtico frenesí psicótico, al potenciarse en escala astronómica por efecto de la lucha armada, llevada a cabo como una serie de intentonas golpistas en combinación con sectores militares, y como una movilización guerrillera a contrapelo de todas las tendencias reales de la población. El fruto recogido no consistió solamente en un montón de cadáveres y de desprestigio, sino en una patología demencial que desde entonces consume prácticamente la totalidad de los esfuerzos de la izquierda, fragmentada en incontables grupúsculos y enfrascada en una suerte de interminable torneo ético-floral. Durante el lapso que va de 1965-70, aproximadamente, hasta el 1988 electoral que hace treinta veces cumpleaños a la democracia de Punto Fijo, la izquierda no ha "perdido" su tiempo en ganar terreno entre las masas, pues ha estado muy ocupada en discutir, a través de hermosísimas y agudísimas producciones intelectuales, tópicos tan importantes como el de su propia pureza moral, su ortodoxia doctrinaria, la definición del verdadero socialismo, los criterios para determinar quién fue más heroico o consecuente durante la insurrección armada; y, sobre todo, el sa-

grado tema de todos los temas: la unidad de la izquierda. La unidad del sector políticamente menos numeroso en votantes, pero que a partir de la psicosis de los años sesenta se ha llamado MIR, MEP, VPN, PRIN, MAS, BR, OR, EPA, GAR, LS, CR, NA, VUC; es decir, algunas de las siglas de lo que con justicia ha sido calificado de "sopa de letras", o, con menos benevolencia, de "chiripero" izquierdista.

PETROLEO EN EL PASADO; PETROLEO EN EL FUTURO

La izquierda tomó el camino de una insurrección absurda, para no verse reducida a club cultural. Y ha terminado como el más patético de los clubes culturales: el que rumia sus rencores y sus nostalgias. Es fácil censurar esto e incluso tomarlo como ocasión de burla o sarcasmo, pero ¿existían realmente otras alternativas?

Durante muchos años, la enorme riqueza petrolera permitió contar con un hinchado aparato estatal importador, subsidiador y paternalista. Luego de cumplir con los "amos del valle" y con los amos de más arriba, todavía estaba en capacidad de mejorar poco a poco el nivel de vida de la población. En un marco global de corrupción y despilfarro, de todos modos algo sobra, o salpicaba, desde la mesa del banquete, como para que allá abajo las masas recibieran un beneficio residual. El pueblo venezolano había sido azotado secularmente por penurias de todo tipo, y con el petróleo obtuvo de sus dominadores al menos la dádiva de unos mendrugos; no cabía pedirle entonces, razonablemente, que se embarcara en in ciertos proyectos de cambio revolucionario.

Por otro lado, es bien sabido que en el socialismo hay componentes que apelan con mucha fuerza a los sentimientos de generosidad y solidaridad humana. Al mismo tiempo, tales sentimientos frecuentemente alcanzan un alto grado de desarrollo entre intelectuales, artistas y gente por el estilo, como consecuencia de las reflexiones, lecturas y discusiones a las que los habitúa el tipo de vida que han escogido. Se comprende entonces fácilmente que en dichos sectores se dé una considerable proporción de adeptos al socialismo. Y también se comprende fácilmente, a partir de estas premisas "petrolero-idealísticas", que la masa popular venezolana se sintiera segura bajo el ala de la derecha, y que la izquierda se integrara con intelectuales y artistas. No es, pues, culpa de nadie. No es un asunto de fallas estratégicas o tácticas, sino de re-

sultados objetivos determinados por factores igualmente objetivos. Por lo demás, la catástrofe guerrillera, la fragmentación y las estériles lamentaciones posteriores, son todos fenómenos explicables por la composición elitista e intelectualizante de la dirigencia de izquierda, necesariamente alejada de la realidad práctica. Una vez más debe insistirse en que esto no es un reproche, sino la constatación de hechos objetivos en los que no cabe atribuir culpas, malas intenciones o errores. Pero de la constatación de hechos sí se puede, y se debe, obtener lecciones. Aprender, así el aprendizaje sea como el que ha tenido que experimentar la izquierda, en medio de décadas de asfixia y de agonía.

De lo expuesto se desprende que la riqueza petrolera, y los vicios degenerativos que trajo consigo, son la causa principal del estancamiento y la casi disolución de la izquierda. Pero sería tonto y mecánico afirmar que ahora se avecina el gran repunte socialista, simplemente porque ha terminado la bonanza. Aunque el petróleo se halle como determinante básico, por presencia y ausencia, en el pasado y en el futuro de las posibilidades de cambio revolucionario en nuestro país, son y serán siempre las relaciones entre los grupos humanos las que dan la clave última del desarrollo de los hechos.

Y hablando entonces de grupos humanos, es preciso decir que la dirigencia tradicional izquierdista, en 1988, sigue fiel a sus más acendradas tradiciones: retórica unitaria, formación de alianzas y frentes puramente electorales, promoción de candidatos independientes de oropel, verbalismo hueco de corte moralizante, elitismo seudointelectual vuelto de espaldas a las mayorías nacionales, etc., etc. Entretanto, la crisis económica y social se profundiza, lo cual parece inevitablemente llevar a la movilización popular, que será ciega, descontrolada y estéril si no cuenta con organizadores lúcidos. En la derecha hay gente de sobra que quiere para sí esa función dirigente y que tiene capacidad para desempeñarla, bien en una onda conservadora y más o menos liberalmente esclarecida, bien en la onda salvajemente fascista que parece más cónsona con los años de hierro que vivimos. En vista de tal situación, quizás conviniera, a quienes participan del noble idealario socialista revolucionario, el enderezar sus esfuerzos políticos en una dirección algo distinta de la que hasta ahora han seguido. No queda demasiado tiempo.